



La luz mala dentro de mí
Mariano Quirós



**FACTOTUM
EDICIONES**





La luz mala dentro de mí
Mariano Quirós

FACTOTUM
EDICIONES



Quirós, Mariano

La luz mala dentro de mí / Mariano Quirós. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2016.

144 p. ; 23 x 14 cm.

ISBN 978-987-46218-2-5

1. Cuentos. 2. Literatura de la Provincia del Chaco. 3. Amor. I. Título.
CDD A863

© Mariano Quirós, 2016

© Factotum Ediciones, 2016

Pasaje Rivarola 169 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

info@factotumediciones.com

Primera edición, 2016.

Coordinación editorial: Renata Cercelli

Diseño de maqueta: Renata Cercelli

Asesor gráfico: Aldo De Losa

Armado de interior: Brenda Wainer

Retrato del autor: Noe Carbó

Foto de tapa: Shutterstock

Corrección: Mercedes Alonso

ISBN 978-987-46218-2-5

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

La luz mala dentro de mí obtuvo el primer premio de cuentos del Régimen de Fomento a la Producción Literaria Nacional y Estímulo a la Industria Editorial del Fondo Nacional de las Artes, año 2014. El jurado de preselección estuvo integrado por Leandro Ávalos Blacha y Alejandra Zina; y el jurado de premiación por Fernanda García Lao, Félix Bruzzone y Elvio Gandolfo.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



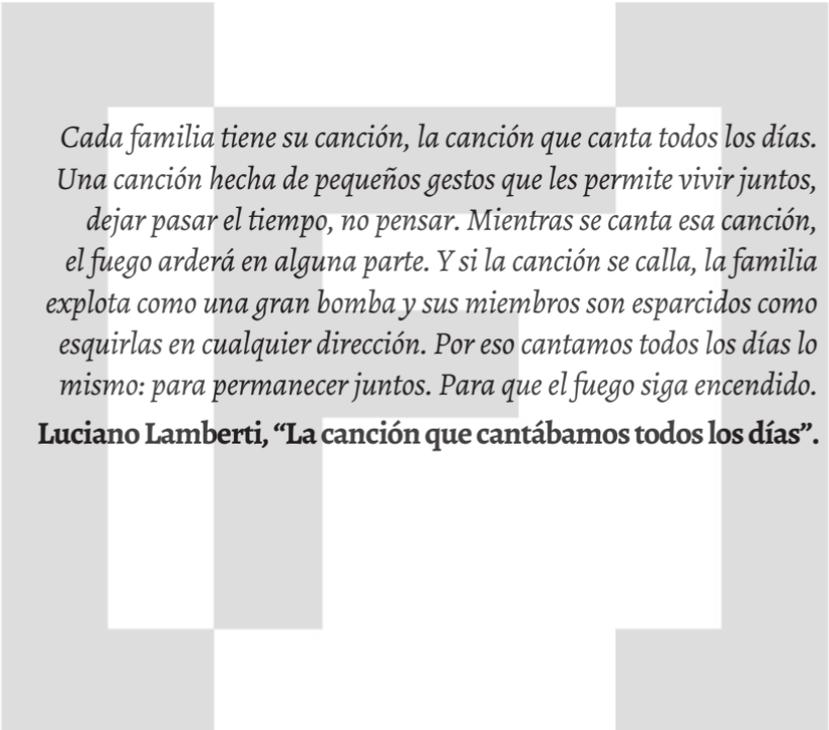
Para mi padre

Para Noé

FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES



Cada familia tiene su canción, la canción que canta todos los días. Una canción hecha de pequeños gestos que les permite vivir juntos, dejar pasar el tiempo, no pensar. Mientras se canta esa canción, el fuego arderá en alguna parte. Y si la canción se calla, la familia explota como una gran bomba y sus miembros son esparcidos como esquivras en cualquier dirección. Por eso cantamos todos los días lo mismo: para permanecer juntos. Para que el fuego siga encendido.

Luciano Lamberti, “La canción que cantábamos todos los días”.

FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES

Toda la luz mala

De la luz mala se dicen muchas cosas. Que se aparece al amanecer, a los hombres de campo que vienen de la joda. Que tiene cara de perro enfermo de rabia. Que no tiene cara, o bien que no se la puede mirar a la cara. O que simplemente no se la puede ver, que es un resplandor que te agarra por atrás y te arrastra y que no sirve hacerle resistencia. También se dice que en realidad es un viento, un viento que enceguece y que por eso se confunde con una luz. O se dice que es un fantasma, un alma en pena que se alimenta de las penas de otros hombres. Se dicen muchas otras cosas. Algunas son más o menos ciertas, pero lo único irrefutable es que, una vez vista la luz mala, algo cambia en tu vida. Las cosas, las personas, el mundo alrededor. Cambia todo. Yo lo sé y puedo afirmarlo porque yo vi la luz mala.

Habíamos ido con mamá a pasar parte del verano en casa de los abuelos, que vivían en un campo de Colonia Benítez. A mí nunca me gustó la vida de campo, pero mamá decía que era lo mejor para mi crecimiento y mi cabeza.

Los olores, el rocío a la mañana, el ruido de los insectos, el sol que te quemara o que no brilla nada, todo eso me invadía

–y aún hoy me invade– como una gran nube tóxica. Supongo que era mi alergia, pero mamá lo adjudicaba a nuestras dificultades económicas y a la ausencia de una imagen paterna fuerte.

Mi abuelo quería llenar eso que mamá llamaba “mi vacío”. El pobre viejo se empeñaba en enseñarme la vida de campo. “Vida de gaucho”, decía. Que ordeñara vacas y que anduviera a caballo eran sus maneras de hacerme hombre.

A mí los animales me daban una mezcla de asco y miedo. Temía que a una vaca le diera por cagar mientras yo le maneaba la ubre o que, en un ataque de rebeldía, algún caballo me diera una mordida o un golpe de coz. O peor, que una vez arriba el caballo no atendiera mis órdenes, que se largara a trotar en cualquier dirección y que me encontraran a muchos kilómetros de la casa, asustado y pavote.

Pero nunca pasó nada, el abuelo tenía bien claro el tema. Sabía cuál era el caballo ideal para un chico, sabía que no hay animal más noble que una vaca.

Mi actividad preferida –o menos odiosa–, era ayudar a la abuela con las plantas del jardín. Regar, limpiar la maleza, emproljar arbustos, esas cosas quizá más delicadas que las propuestas por mi abuelo.

Mi abuela recorría el jardín tarareando melodías de María Elena Walsh. Desde las más elementales –*Manuelita la tortuga, Osías el osito*– hasta las de apariencia y tono más sofisticado.

Refugiada en la galería, y siempre con un cigarrillo colgándole en la boca, mamá estudiaba mis movimientos con preocupación. Prefería verme pasar el rato con el abuelo.

Cuando la insistencia del viejo era mucha, no me quedaba más remedio que hacer tripas corazón y subir a un caballo. Entonces la sonrisa de mamá, sus palabras de aliento –“Eso mi chiquito, al galope mi chiquito”–, se hacían luminosas.

Cazador de tapires

Fui a Miraflores porque papá me lo pidió. Me mandó el mensaje con un colega —otro maestro rural— que se volvió a Resistencia porque ya no aguantaba el calor, la soledad y el olor de los indios. Eso me dijo el mismísimo maestro, y en ese orden.

—La vida allá es dura —agregó como justificándose, como si fuera un pecado hartarse del medioambiente.

De papá yo no había tenido noticias en los últimos dos años. Consiguió las horas como docente en Miraflores y partió sin despedirse, ofendido con todos. *Todos* éramos mi madre y yo y la verdad es que ni a ella ni a mí la partida de papá nos movió un pelo. Nos enteramos un mes después y para entonces cualquier intento de comunicación hubiese sido en vano, quizá un motivo de pelea o discusión.

Pero ahora papá me mandaba llamar: no quería pasar solo su cumpleaños.

Antes de llegar a Miraflores el colectivo hizo paradas en Tres Isletas y en Castelli. Yo conocía muy poco el interior del Chaco, casi nada, y por la ventanilla del colectivo esas dos ciudades me parecieron horribles. La gente que bajó allí era

gente muy pobre, gente de cara curtida y de ojos que miraban más allá, algo lejano, una vida un poco más amable. Pensé en Miraflores y me dispuse para lo peor.

Pero no me dispuse lo suficiente: apenas bajé del colectivo, me sentí mal, descompuesto y triste, todo a la vez. La gente que bajó conmigo también se veía mal. Miraflores era una réplica pequeña y precaria –aún más precaria– de Tres Isletas y Castelli.

Busqué a papá en medio de aquel páramo, pero no vi más que a un hombre macilento que me sonreía, aunque era muy difícil saber si la expresión en su cara era una sonrisa o una burla. El hombre tardó más de lo aconsejable en presentarse: —Soy Orión —dijo—, su papá me mandó buscarlo.

Mientras apretaba la mano de Orión, me dije que solo en un lugar como Miraflores alguien podía llamarse así. Después nos subimos a una camioneta destartalada y en un par de minutos estuvimos internados en el monte. O en algo que para mí era como un monte.

Además de los ruidos que hacía la camioneta, Orión hablaba poco, rápido y mal, por lo que no me esforcé en buscarle conversación. Anduvimos un trecho bastante corto, pero aun así el calor y los olores que se levantaban de los asientos hicieron el paseo bastante sufrido. Recordé al maestro colega de papá, su hartazgo.

Cuando llegamos a lo que parecía el final del camino, Orión bajó de la camioneta y dijo algo que entendí como una invitación a seguirlo. Lo seguí, incómodo por el sudor y por la mochila llena de ropa que cargaba, muy coqueta para semejante espesura, absurda incluso.

La casa de papá no era lo que yo esperaba: flanqueada por dos enormes árboles –quebrachos, algarrobos, no sé qué árboles eran, pero eran enormes–, asomaba como una construcción más derruida que modesta. Desde afuera podías

Un arma en la casa

El revólver lo trae papá. Vivimos en Buenos Aires, en un barrio espantoso donde todos los días pasa algo raro. Tiroteos, robos, asesinatos... Papá, y también mamá, entienden que con un arma en la casa vamos a estar más tranquilos.

Mamá y papá saben usar armas. Como han sido Montoneros, han hecho prácticas de tiro junto a sus compañeros de aquella época. Muchos de esos compañeros han muerto o los han desaparecido, pero hay otros tantos con los que vuelven a juntarse, ahora que los milicos se fueron.

Por lo general, hacen reuniones en la casa de este o en la de aquel, hasta que finalmente consiguen un local donde juntarse a discutir. El local se llama El Peronismo Revolucionario, está lleno de sillas como de escuela y tiene las paredes repletas de afiches. Mamá, papá y los compañeros se acomodan en las sillitas, como alumnos de primaria, y desde ahí discuten.

Mamá se hace de unos cuantos afiches como los del Peronismo Revolucionario para pegar en las paredes de nuestra casa –afiches repletos de consignas como “Si Evita viviera sería Montonera”, “A la carga mujeres cubanas”, “Felipe

Vallese vive” y así-. A mí, que por entonces ando por los ocho años y las cosas no me parecen ni bien ni mal, los afiches no me representan mayor problema. Pero a Katy, que tiene once y una intuición más avanzada que la mía, el asunto no le causa la menor gracia. Dice mi hermana que de alguna manera esos afiches nos ponen en evidencia. En evidencia de qué, pienso yo, pero no me atrevo a preguntarlo en voz alta.

Como sea, Katy consigue preocuparme. Cada vez que alguien ajeno entra a la casa –un amigo del barrio, un compañero de la escuela– hago lo posible por alejar su atención de las paredes. Señalo otras cosas, algún adorno, algún juguete del que me siento especialmente orgulloso; también hablo más alto –como si pudiera tapar una imagen con la voz–, todo sin necesidad, porque no es que mis amigos se dejen llevar por unos cuantos afiches. A excepción de uno de ellos, Nacho, a quien el dibujo que acompaña la leyenda “A la carga, mujeres cubanas” –un dibujo con mujeres vestidas de fajina y fusiles en alto–, le sabe a película de guerra.

—Conseguime uno —pide Nacho.

Prometo hacer lo posible, pero mamá no me hace caso cuando le hablo del tema. Y papá menos. Y como yo, por mis propios medios, no tengo modo de conseguir el afiche, prefiero dejar de juntarme con Nacho.

A la señora que nos cuida, Doña Julia, también le atraen los afiches. Los mira siempre como si acabara de descubrirlos. Hasta les pasa el plumero. Mamá la contrató, en principio, para que cocine, pero al ver que el barrio no ofrece garantías acaba por agregarle el trabajo de niñera.

Doña Julia es una mujer buena. Buena y vieja. Vive apenas a un par de casas de la nuestra y suele llevarnos a comer junto a Don Ángel, su marido. Don Ángel hace honor a su nombre, tiene un bigote largo, del tipo manubrio, y quiere darnos consejos, hablarnos de la vida en profundidad,

pero mi hermana y yo no estamos en condición de tomarlo en serio. Nos reímos a sus espaldas, de sus consejos y de su bigote, y después seguimos como siempre.

Don Ángel nos enseña que al agua, antes de tragarla, hay que masticarla; con Katy miramos al viejo mover la mandíbula, lento muy lento, como macerando algo invisible, con los bigotes bailándole sobre la boca como si quisieran salirse de su cara, y más tarde pasamos el rato imitándolo. Tampoco Doña Julia le hace caso al viejo. Al menos nunca veo que mastique el agua.

Lo bueno de comer en casa de Doña Julia es que siempre hay comidas raras, cosas que mamá nunca prepararía. Un día, la vieja nos aparece con una fuente de polenta con leche para comer como postre. Mi hermana y yo ponemos cara de asco. Y más impresión nos da cuando Don Ángel empieza a comer. Come como un bebé –o quizá como lo que es: un anciano–, la leche le cae por la comisura de los labios y unos restos de polenta se le enredan en el bigote. A cada zampada de polenta le sigue una sonrisa. Parece un viejito o, quizá, un bebé feliz.

Tanto insiste Doña Julia con la polenta con leche que acabamos probando. Por ser el menor, Katy me hace probar a mí primero. Pruebo entonces, y me gusta. Y me gusta tanto que me animo a repetir. Y desde entonces pruebo sin dudar cada cosa que Doña Julia trae a la mesa. Katy dice que lo mío es nada más que otra manera de molestarla, de hacerla quedar mal con la gente, pero la verdad es que a mí me gusta la comida de Doña Julia.

El día que papá trae el arma, llega con cara seria y no saluda a nadie. No es su cara más típica, por lo general papá es un tipo de tener siempre a mano algún chiste, alguna ocurrencia que nos hace reír, siempre alguna mentira que nos alegra la jornada.

Índice

Toda la luz mala	11
Cazador de tapires	19
Un arma en la casa	33
La vida en el aire	43
Saber pegar	65
Lobisón de mi alma	83
Una paliza literaria	107
Lee Don Reinoso	123
Un libro para Gastón	135

FACTOTUM
EDICIONES



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

**Podés adquirirlo en www.factotumediciones.com
y en cientos de librerías.**

**Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones
este proyecto editorial.**

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?